



LOS MOLINOS... UN PUEBLO PARA SER AMADO



Este año, como el pasado, hubiera querido estar aquí en las Fiestas de Honor del Santísimo Cristo de la Buena Muerte, y ayudaros a encender con ilusión y entusiasmo, el chupinazo de estas jornadas en las que, como me decía un día vuestro alcalde, Jesús Pérez, no se puede mandar ni dar un palo al agua... porque todo el mundo está a lo de divertirse y pasarlo bien.

Los Molinos es un pueblo de fundación antigua, por lo que yo sé, nada menos que en el siglo X y que tomó el nombre de los numerosos molinos de agua que había en el lugar. Tradicionalmente ganadero, todavía es posible que un día cualquiera nos encontremos en la carretera con las vacas que vienen de la dehesa y tengamos que cederles el paso porque tienen el derecho de cañada. Ese es un placer y la ganadería brava una estampa en el camino al Reajo del Espino, donde está la ermita en la roca de Nuestra Señora, que por desgracia no se puede contemplar con frecuencia y por supuesto que los que vivimos —o mal vivimos, eso nunca se sabe— en la capital, no lo vemos nunca. Seguramente habrá algún veraneante o quizá molinero, que se queje del encuentro por las calles con las vacas. Pues a mí me gusta, me hace sentirme más en un pueblo que, como este de Los Molinos, no solamente mantiene a ultranza sus costumbres de antaño, sino que además, ha sabido y así debe ser, conservar su sabor.

Esa Villa, que se alza al pie de la Peñota, en las estribaciones de este hermosos Guadarrama, viejo amigo del poeta Machado, por el que pasó al menos con la imaginación Miguel de Cervantes y por el que caminaron de hecho el Arcipreste de Hita Juan Ruiz de Cisneros y el Marqués de Santillana, fué “tomada” a finales del siglo pasado como excelente e ideal lugar de veraneo, por cientos de familias madrileñas entonces llamadas “de posibles”, que cambiaban ya lo de “ligar bronce” en la Sierra por la Bella Easo y que cuando volvían a sus tertulias de los viejos y desaparecidos cafés matritenses, o al Paseo de Recoletos donde crecían los pinos de las

de Gómez, presumían de haber estado en un pueblo maravilloso y cordial, que era este; Los Molinos, donde las vacaciones eran la mar de sanas y además "recetadas" por los mejores galenos de la época.

Varias familias de la misma generación, han ido llegando a Los Molinos a lo largo de por lo menos cien años atrás, y ya se sienten molineras. En cuanto llegaban los primeros agobios de la canícula, se preparaban los bártulos que muchas veces incluía el mobiliario y se ponía tierra por medio entre la capital y el pueblo. De aquella vieja costumbre hemos hablado el año pasado y este en "España en Vacaciones" del Diario ABC y es de celebrar que se siga manteniendo, que las colonias hayan crecido, que hoy molineros y veraneantes se sientan unidos por los lazos de la cordialidad y que los madrileños y asimilados, a fuerza de venir y venir, hayan entendido que esto sólo es posible por la generosidad de un pueblo que, como este, le abre cordialmente las puertas y les tiende espontáneamente la mano.

A mi, ¿qué quereis que os diga?, me gusta venir a Los Molinos, y cuando lo hago por obligación, para informar, ésta se convierte en una experiencia más del oficio, maravillosa. Cuando lo hago por placer, por estar un rato de cháchara con los amigos, para sentarme en la terraza del "Zacarías" y encontrarme con el saludo de "¡Con Dios!" o el "Buenas tardes" de unos y otros, no lo puedo remediar y me parece que estoy en mi pueblo, que soy también molinera, que estoy plantando algo de mis raíces de madrileña en este lugar querido y que vosotros, todos los molineros, no me vais a tomar esto a petulancia y me vais a aceptar.

Quiero deciros algo más. ¿Sabeis cual es vuestra mejor virtud?. Que os habeis conservado en "carácter de pueblo". Que continuais siendo, por encima de los miles de veraneantes que llegan aquí todos los años y muchos fines de semana, los que van y lo que vienen, pueblerinos, queridos y entrañables pueblerinos, dispuestos siempre a encender una lumbre y a escuchar los romances de antaño, las historias de los abuelos. Dios y Nuestra Señora del Espino os bendigan por ello y que el Santísimo Cristo de la Buena Muerte os guarde, molineros, hijos de un pueblo para ser amado.

ISABEL MONTEJANO MONTERO